

La episteme estético-romántica de Helen Keller

Gerardo A. Rodríguez Casas

Introducción

Hace algo más de una década que venimos ensayando los armónicos de una epistemología integral. Su melodía ha tocado al balcón de múltiples casas en el intento por penetrar en ellas y raptar, en su respuesta, las notas que constituyen sus epistemes. En esta ocasión llamamos a la puerta de la mansión de una mujer extraordinaria: Helen Keller. Ella supo pasar, en sus estructuras mentales, de la oscuridad a la luz, del solipsismo al diálogo, del silencio a la música de la palabra y la poesía. Entremos, pues, en tema, que el silencio del compás se alarga y el oído, presto, aguarda.

La historia de la vida de Helen Keller es famosa porque esta admirable mujer fue capaz de vencer los abrumadores impedimentos de encontrarse, en los inicios de su desarrollo mental, no sólo privada de la vista sino también del oído, lo que le impidió el aprendizaje de la lengua y, en un alto grado, casi total, la comunicación. Aislada así de este mundo, parecía que su existencia se perdería en el vacío del sinsentido y en el absurdo de ser sin ser.

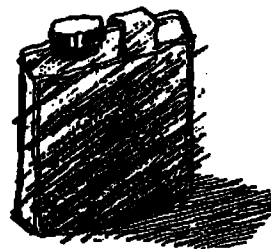
Consideramos en el presente artículo los procesos epistémicos que permitieron a Helen vencer los obstáculos de la oscuridad y del silencio para aventurarse en el mundo de quienes poseen la luz y el sonido y constituirse en faro y tono para quienes se hallan en circunstancias similares.

Helen Keller nació el 27 de junio de 1880 en Tuscumbia, una pequeña población ubicada al norte de Alabama, Estados Unidos. Cuando apenas contaba con un poco más de año y medio de vida fue atacada por una terrible enfermedad que le confinó al sepe de un calabozo oscuro, lóbrego y silencioso. La existencia de Helen es la batalla que vence estas limitaciones, obra de un esfuerzo denodado y de una acertada dirección de su maestra Anne Sullivan. El análisis de esta labor ha servido de modelo en múltiples trabajos. Keller misma colaboró con la Fundación Norteamericana para Ciegos, escribió artículos y libros, dictó múltiples conferencias. Viajó por todo el continente americano, por Europa y Cercano Oriente pro-

porcionando elementos para una educación fundada en la experiencia de su propia vida. Dedicó 50 años de trabajo desinteresado en beneficio de sus semejantes: los ciegos y sordomudos. Su existencia se extinguió en 1968.

La evolución epistémica

Llamamos a los cuadros mentales de Helen Keller: "Episteme estético-romántica", porque los conceptos de su pensamiento toman significado y encuentran sentido en la apreciación de la belleza de la vida y del universo, captada a través del exquisito gusto de su sensibilidad, que concurre con una intensa y depurada vivencia de sus sentimientos. Gozó de un "corazón de poeta" que percibía el mundo como poema: apreció la flor por la armonía de su forma y la fragancia de su perfume, el sol por el cálido abrazo de su energía, el árbol por su frescura y



hospitalidad, el mar por la fascinación que produce la inmensidad y el majestuoso movimiento de sus aguas; pero, por encima de todo, valoró la vida por el amor que le da solaz y plenitud, pues estimó que sin amor la vida no podía ser feliz. Conoció el “amor” como el sentimiento que establece “dulces lazos invisibles” entre las personas.¹ El amor fue para ella el valor que le permitió cruzar el umbral de la oscuridad y el aislamiento a la luz y la vida: “en el mundo de tinieblas y silencio en el que me encontraba no existía ni ternura ni sentimientos profundos”.² El encuentro con su maestra es, precisamente, el paso decisivo entre un mundo y otro: “mi alma gritaba sin palabras: ¡Luz! ¡Dadme luz! Y exactamente en aquella hora *la luz del amor* me iluminaba”.³ La transformación de su existencia es obra del amor: “Al principio no era yo más que una pequeña masa de posibilidades: fue mi maestra quien las desarrolló. Al entrar a formar parte de mi vida la llenó de amor y de alegría y le dio un hondo sentido”.⁴

La orientación de su existencia estaba dada y a partir de ahí empezó a cobrar significado el desarrollo de su “ser”, el absurdo del “no ser” había sido vencido; su corazón se tornó hipersensible para captar la alegría y el dolor del universo, así como para darle respuesta con una amplia gama de valores humanos, dignos de encomio.

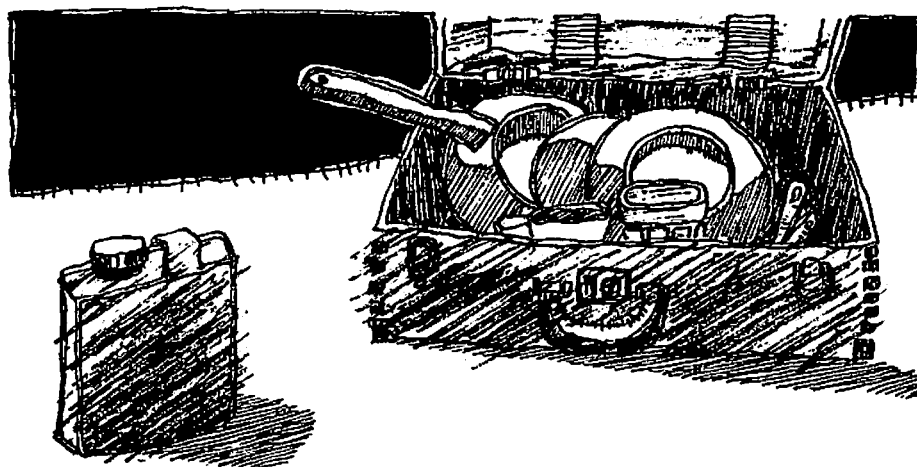
Helen Keller describe los primeros diecinueve meses de su vida como “una breve primavera, alegre con el canto de petirrojos y de mirlos, luego un verano abundante de frutas y flores y en seguida un otoño de oro y carmesí”; después, “en el triste mes de febrero, se presentó la enfermedad que cerró mis ojos y mis oídos y me sumió en la inconsciencia de un recién nacido”. Sin embargo, tal enfermedad no logró borrar la experiencia anterior de modo total, algunos rastros permanecieron, lo que hace exclamar a Helen: “si alguna vez hemos logrado ver, el día es nuestro, así como todo lo que ese día nos ha revelado”.⁵

La clausura de la vista y el oído a una edad tan temprana hicieron que Helen Keller se viera impedida para relacionarse con los demás a través del habla y que no pudiera progresar en la simbolización, que a partir de lo empírico se desplaza a niveles de abstracción cada vez mayores. La intuición concienencial de Keller, ligada a sus pocos recursos sensoriales, le permitió comprender en buena medida lo que acontecía a su alrededor y expresarlo bajo un código representativo de

su experiencia sensorio-conciencial; así podía inclinar la cabeza para asentir o moverla lateralmente para negar, agitar la mano para despedirse, girar el brazo para hacer helados, poner los puños cerrados sobre el suelo para indicar el deseo de ir a buscar huevos escondidos en sus nidos, etcétera. Tal lenguaje le permitía comunicarse con sus familiares y amigos, no así con los animales como su perra “Belle” a la que intentó inútilmente enseñarle su “lenguaje de señas”. Pero esta estrategia resultó, llegado un cierto momento de su evolución cognoscitivo-comunicativa, insoportablemente insuficiente, a tal grado que la toma de conciencia de su impotencia arribaba continuamente a “expresiones de rabia”. Huelga decir que la falta de comunicación impidió la formación de conceptos abstractos y, por lo mismo, la formación de la razón y sus funciones como la reflexión; de ahí que la aparición de la voluntad y su acción libre quedó lejos; debido a esto, la reacción sentimental, aunque concientizada, de sus malas acciones no impedía que tales actos se repitieran dada la circunstancia oportuna. Helen se percató de que otros se comunicaban moviendo los labios y lo intentó inútilmente, esto le llevó a darse cuenta de que ella era distinta de los demás. El ademán sensible reproduce el objeto y/o acción en la imaginación, la toma de conciencia y la tendencia afectiva correspondiente, pero no genera el concepto, el habla posibilita la relación de los espíritus en la superación abstractiva de lo sensible. La palabra es la manifestación corpórea de la conciencia que supera lo material y manifiesta su ser.

La privación de la palabra impide la liberación de la conciencia que, al salir fuera de sí, se encuentra a sí misma en el encuentro con el otro. Anne Mansfield Sullivan posibilitó el que Helen Keller se descubriera a sí misma: “...todo me parece irreal, como una pesadilla. Poco a poco me fui acostumbrando al silencio y a la oscuridad y olvidé que no siempre había sido así, hasta que llegó la que habría de liberar mi espíritu: mi maestra”. Por ello, para Helen, el “día más importante de su vida” es éste, a tal grado que hace sublime analogía con el encuentro de Moisés y Yahvé:

Así salí de Egipto y me encontré frente al Sinaí y un poder divino inundó mi espíritu y le dio la facultad de ver, de manera que contemplé muchas maravillas y escuché una voz que venía de la montaña sagrada y que decía: La sabiduría es amor y luz y revelación.⁶



Anne Sullivan y Helen Keller integraron sus vidas tan maravillosamente que el proyecto de una no se entiende sin el de la otra, en realidad es un solo proyecto. Tuscumbia fue, en realidad, el “gran manantial” del que nació esta prodigiosa construcción existencial. Al respecto escribe Helen:

Mi profesora está tan ligada a mí que casi no pienso en mí misma como algo aparte de ella. Nunca sabré hasta que punto mi deleite en todo lo bello es innato, y hasta donde se debe a la influencia de la señorita Sullivan. Siento que ella es inseparable de mi ser y que las huellas de mi vida están en las suyas.⁷

El Dr. Samuel Gridley Howe logró que se desarrollara la razón de Laura Dewey Bridgman haciendo que asociara los nombres (impresos en realce) con los objetos en referencia –sobre los que se colocaban. El tacto permitió a Laura que su mente se abriera al mundo. *Para explicar este hecho no basta la asociación* de la imagen del objeto al sonido del símbolo (datos aquí ausentes) o, en este caso, del signo dactilográfico con el objeto sentido. Nos equivocáramos si atribuimos a su imaginación el dotar de color, pintura y música a los objetos experimentados, donde la simple repetición genere los conceptos. Esta teoría empírico simplista es incapaz de dar cuenta de la compleja esencia del pensamiento. El trabajo del Dr. Howe preparó a la señorita Anne Sullivan para que ésta, a su vez, pudiera educar a Helen Keller. El método seguido por la señorita Sullivan no consistió en pasos fijos predeterminados sino en principios de valor universal que supo adecuar a las circunstancias concretas de su alumna.

Anne Sullivan inicia su relación con Helen Keller ganándose su afecto con un poco de amor para poder penetrar en ella; en segundo lugar, poniendo orden en su actividad con una disciplina que no subyuga por la fuerza sino conquista por su bondad. En realidad son dos cosas que se integran en una: “amor al bien”. Pero el amor y el bien tienen que aprenderse para que se forme una voluntad capaz de trascender; ahí debe aceptarse una cultura que se forma por la disciplina y el ejercicio del amor por el que se controla el deseo y se trabaja en un nivel superior.

Al principio Helen Keller aprendió varias palabras por asociación del signo dactilográfico con el objeto apetecido, por ejemplo: pastel; el proceso se lleva a cabo por simple asociación de imágenes, la táctil con la gustativa en el caso mencionado; pero la conciencia sigue atada a la sensibilidad sin que logre independizarse en la comprensión del signo como símbolo

representante del objeto, precisamente como objeto de conocimiento —como ser en sí con el que interactúa—, lo cual permitirá el desdoblamiento tanto del objeto en su signo como de la conciencia en el concepto; signo y concepto se identifican en la razón, como elementos objetivo y subjetivo. La palabra es fruto de este encuentro; antes de ella no existe. Anne Sullivan, al referirse a esto, utiliza expresiones como las que a continuación damos, tomadas de las primeras cartas-reporte de sus primeros días de actividad en el intento de educar a Helen: “La niña ha aprendido varias palabras pero no tiene idea de cómo emplearlas ni sabe que para todo hay un nombre”, “es inteligente, pero le falta movilidad, o alma, o algo”.⁸

“Hoy mi corazón canta de alegría ¡Ha ocurrido un milagro! La luz del entendimiento ha brillado en la mente de mi pequeña alumna, y ¡he aquí que todo ha cambiado!” afirma exultante la señorita Sullivan. Efectivamente, se ha dado el primer paso en un cambio de actitud por el que Helen acepta las muestras de afecto de su maestra y responde a ellas con cariño y obediencia. Esta disposición da pie al verdadero milagro que se opera 15 días después, el 5 de abril de 1887, cuando, en el cuarto de bomba, Anne Sullivan deletrea (dactilográficamente) en una mano de Helen Keller “agua”, mientras hace correr en la otra el líquido. En la simultaneidad del acto se abre la mente de Helen para comprender el ser en su signo y para engendrar la palabra en el concepto. La razón ha nacido en un momento de intuición extática del ser para luego levantar el vuelo, cual “hada radiante”, en expresión de la misma señorita Sullivan, revoloteando de objeto en objeto para aprehender su entidad.

La palabra percibida inmediatamente después de sentir el agua fría en la mano, pareció sorprenderla. Dejó caer el tarro y quedó como en éxtasis. Su rostro se iluminó. Deletreo “agua” varias veces luego se dejó caer en el suelo [...] de pronto se volvió y me preguntó mi nombre yo deletreé “maestra”. De regreso a la casa iba muy agitada y aprendía el nombre de cada objeto que tocaba durante el trayecto, de manera que en unas cuantas horas había agregado treinta palabras nuevas en un vocabulario.

He aquí el relato del hecho de acuerdo con Anne Sullivan.⁹

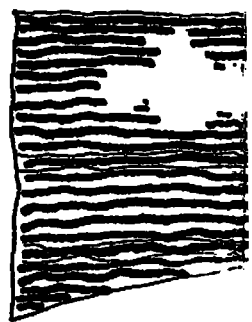
Cuando el agua corría por la mano de Helen Keller y el signo se repetía sobre la otra mano,

ésta se asoció con el recuerdo de “ua-ua”, para relacionar el signo con la realidad de “aquella cosa maravillosamente fresca que bañaba la mano”. Frente a la “palabra viviente se despertó mi alma” afirma Helen.¹⁰

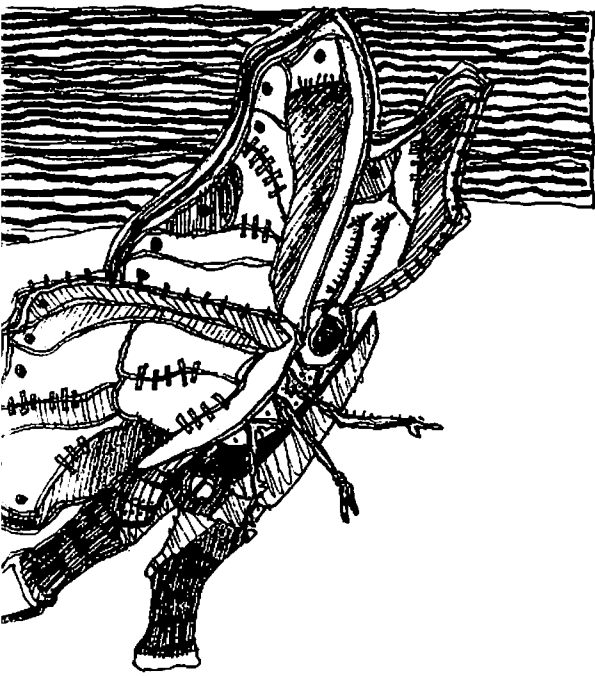
El desdoblamiento de la conciencia en la palabra abrió la inteligencia de Keller al mundo. La relación que asocia el signo con la comprensión del objeto, en referencia, genera la palabra y con ella la comunicación del espíritu. El nombre no es membrete sino referencia intencional al acto más profundo del conocimiento: la comprensión del ser. La vibración del aire, al igual que la vibración luminosa de cualquier otro género, carece de todo sentido si no representa la vibración automanifestativa del ser. El color, el sonido, el olor, etcétera, no son sino la palabra del ser, que pide ser interpretada para develarse en la comprensión de su ser al darse en su interacción. La razón es la ventana más grande por la que la conciencia se abre al mundo; en vano se abren los ojos si se cierra la razón. Si los ojos y los oídos de Helen Keller se cerraron esto no impidió su comunicación al mundo, cuando su razón se abrió a él.

La puerta se había entreabierto, la luz comenzaba a anunciar el día, y Helen Keller volcó su fogocidad en acelerar empeñosamente los procesos evolutivos a tal grado que cuenta su institutriz que en unas cuantas horas agregó treinta palabras nuevas a su vocabulario, y pronto al símbolo dactilográfico se añadiría el escrito, el mímico y el sonoro. Pero este sólo era el comienzo de una comunicación que llevaría Helen Keller a ser mundialmente conocida.

La captación intuitiva de Anne Mansfield Sullivan es verdaderamente admirable no sólo por el hecho acaecido en el cuarto de bomba, (que, en realidad, fue sorpresivo, pues Anne pretendía que Helen dilucidara su confusión entre tarro y el líquido que éste contenía) sino porque a partir de este momento rompe con el método petrificado de lecciones específicas incomprensibles y que se creen aprendidas porque se obliga al alumno, inútil y perjudicialmente, a recitarlas. En su lugar observa a la primita de Helen de quince meses en



adelante, así como a otros niños, para descubrir su evolución natural y tratar de seguir ésta en la aplicación de sus enseñanzas. Ahí se da cuenta de que los niños aprenden gran número de cosas “por imitación” y de que entienden antes de que hablen, es decir, la inteligencia no depende del habla o lenguaje sino a la inversa; por lo que decide instrumentar un método que se fundamente en la capacidad natural de Helen para asimilar e imitar, estimulándola con gestos, acciones y oraciones completas que hagan referencia a significados evidentes. He aquí un método magnífico, que no es una receta ya confeccionada, sino un gran principio universal: el de la interacción de “asimilación-adequación”. En una adecuación admirable Anne Sullivan habla a la mano de Helen Keller como la mamá habla al oído del bebé.



La multiplicidad de los centros mnémicos no impide su integración. Así, cuando Helen Keller y Anne Sullivan afirman que ellas recuerdan “con los dedos” lo que han dicho, hace referencia a la integración de memoria táctil y memoria racional; y no es nada raro, puesto que podríamos afirmar que su mente se ha abierto a través de sus dedos; o, en sentido inverso, el seguido por el educador, los dedos son el camino hacia su mente. Lo cual no impide que independizada la razón adquiriera facilidad para el razonamiento constructivo e, incluso, para las matemáticas puras, como consta en el caso de Helen Keller.

El que la inteligencia sea anterior a la palabra es evidente cuando se analizan casos concretos. La inteligencia aparece ahí como conciencia que comprende un hecho real y lo expresa de alguna manera con un grito, un gesto, un ademán, etcétera. Las primeras palabras, en general, poseen en los niños un significado mucho más amplio que el que expresa sus términos; así “Chelita”, la hija de quien escribe estas líneas, utilizaba cuando era pequeña la palabra “tití” para designar “me caí”, “me pegó mi hermanito”, “me duele aquí”, “me salió sangre acá”, etcétera. Helen Keller utilizaba la mímica de cerrar los dedos de una mano sobre la otra para indicar “chico” y extendía las manos para señalar “grande” sin saber las palabras correspondientes. Anne Sullivan expresa esto diciendo: “la idea siempre precede a la palabra”.¹¹

El método educativo de Anne Sullivan es integral: atiende la mente con la comprensión creciente, la razón con la continuada construcción, la voluntad con la exigencia de una libre y esforzada decisión, el afecto con el regocijo y la recíproca alegría del éxito logrado, el cuerpo con la gimnasia y paseos-caminata, la habilidad manual con la costura, el tejido, etcétera. La convivencia amorosa, en interacción positiva, es la clave del prodigio Helen Keller-Anne Sullivan. Ambas se abren al diálogo con la naturaleza, con autores de libros y, directamente, con otros seres humanos de diversas partes del mundo.

La etapa del “porqué” del niño indica el nacimiento de la capacidad reflexiva por la que se proyecta al pasado en busca del “antes”. Aquí la inquietud de la razón quiere asir la realidad en su origen y sus causas. La pregunta invade los campos vedados a la sensibilidad, así Helen Keller pregunta no sólo por la luz, el sonido y el color, de los que su sensibilidad está privada, sino por el origen de la vida y del universo. “El ‘amor’ es el germen del que

ha nacido el huevo de la vida. He aquí la única respuesta que, a mi entender, es posible", responde Anne Sullivan. Ante la prontitud captativa de la pequeña alumna, la maestra esboza la opinión de que "al venir al mundo el niño tiene latente toda la experiencia de la raza".¹² Anne reconoce la insuficiencia de sus conocimientos para resolver aquella problemática, pero posee la creatividad e inventiva suficiente para satisfacer las inquietudes de Helen y tocar sus sensibles cuerdas.

Al equivocarse un día Helen el orden en que debía ensartar cuentas, se quedó pensativa sobre la causa del error, lo que aprovechó acertadamente la maestra para colocar sobre su frente la palabra "piensa", lo que favoreció que Helen relacionara el signo y el proceso mental en la intuición de algo no tangible (aunado a la concepción primera de una idea abstracta). Antes de este acontecimiento en vano había intentado Helen entender lo que era el amor, pero, ahora, pudo comprenderlo como el lazo no tangible por el que el espíritu siente dulzura al relacionarse con otro haciéndoles el bien. Dado que el ciego-sordo-mudo carece de la mirada y tono comprensivo, recurre a la sensación comprensiva, es decir, a la integración del tacto con la comprensión intelectual.

La tendencia trascendente de Helen Keller la impulsó continuamente a la superación tanto de sí misma como de los otros (sobre todo ciegos, sordos y mudos), en la búsqueda de una integración para el bienestar del grupo y de la sociedad entera. Percibió la vida con un optimismo inquebrantable. De ahí su entusiasmo por lo notable y su buen humor en las diversas empresas, por arduas que éstas fueran. Su generosidad se expresa en su concepto del "amor", como "lo que todos sienten por todos".¹³

La habilidad de la señorita Sullivan convirtió el aprendizaje en algo agradable, transformando el estudio en juego; así las oraciones se volvían una realidad; cuando se decía "muñeca" "está" "sobre" "cama", cada cartoncillo con el nombre correspondiente ocupaba el objeto de referencia al igual que cuando se decía "niña" "está" "en" "armario", etcétera. Si la clase era de botánica o zoología, las plantas o animales se observaban en su ambiente natural; en geografía se hacían ríos, islas, mapas, etcétera, sobre las arenas del río Tennessee. Toda ocasión era propicia para aprender algo: en historia y cultura, el encuentro con el mar, el circo, el fantástico mundo de los cuentos, las fiestas infantiles, etcétera. La maestra Sullivan supo aprovechar cada circunstancia para acrecentar el interés de su alumna por saber.

Tres años de constantes y continuos trabajos permitieron a Helen adquirir el habla. La mano que tocaba la garganta de su maestra y un papel sostenido en sus labios le permitía percibir las ondas del sonido e hizo posible repetir a través de su boca las

mismas vibraciones, carentes de sonido para su oído. Ahí la palabra hablaba sin una voz audible para sí, pero expresaba mucho más que ondas vibratorias o mezcla asociada de tonos y colores (u otros datos simplemente sentidos). La comunicación exige algo más que una fantasía asociativa de datos sensibles, requiere la formación persistente y esforzada de un centro epistémico llamado "conciencia reflexiva" o "razón". Sin duda que para llegar a este punto es necesario pasar a través de múltiples asociaciones, pero también es indispensable trascenderlas.

Las cualidades de una personalidad positiva sólo se aprenden con el ejemplo. Tal es el caso de la alegría desbordante, la felicidad radiante (expresada en el rostro) y el interés jubiloso (en toda acción y en toda persona) que manifestaba Helen Keller en todo su ser. Tales cualidades las aprendió del optimismo y buen humor de su maestra. Consideramos que este tipo de personalidad fue, en buena medida, la clave del éxito que obtuvieron ambas donde quiera hicieron acto de presencia.

La evolución natural de la inteligencia de Helen Keller arribó al tercer año de su instrucción a la pregunta fundamental por el ser: ¿de dónde surge la existencia? Ninguna respuesta empírica o racional fue capaz de satisfacerle. Sólo el refugio en la fe aquietó la sed de su alma.

En el otoño de 1892 escribió Helen Keller un cuento que tituló "El rey de la escarcha", cuento que resultó ser una nueva versión de otro, escrito años antes por la señorita Margaret T. Canby y que llevaba por título "Las hadas de la escarcha". Helen creyó que su cuento era original y, sin embargo, no fue sino el aflorar de un recuerdo inconsciente. Helen había grabado en su memoria no sólo la idea general y su desarrollo sino aún giros y frases literarias, cosa que le sucedió en varias ocasiones y le hizo du-



dar de la originalidad de su propio pensamiento. En realidad, esta cuestión resulta ser un problema filosófico universal, en el que consideramos que no sólo el estilo literario sino el pensamiento mismo no es sino una evolución de las diversas concepciones y cosmovisiones que han influido en una mente individual, coordinadas por un aspecto preponderante, dado por una perspectiva personal proveniente de las propias experiencias, preferencias y desarrollo en una integración verdaderamente original. Insistimos, los elementos, en general, se toman del mundo con el que se interactúa y la originalidad viene dada por la integración personal. La versión de Helen del cuento mencionado es original no sólo por la variedad de giros y cambios literarios sino principalmente por su perspectiva: la señorita Canby narra un bello cuento como una maestra que hace pasar un momento agradable a sus alumnas; en cambio, Helen da vida a su experiencia de la naturaleza por la fantasía y la fe, para encontrarse en plena historia mítica.

El deseo de superación de Helen Keller le llevó a ingresar, con las dificultades que esto implicaba, dada su situación, a la Universidad de Radcliffe, considerando que “en el mundo maravilloso de la mente sería libre como cualquiera otra persona”. Se graduó en este centro *cum laude* a la edad de 25 años. La literatura y, a causa de ella, los idiomas fueron sus estudios predilectos: “mi mente y yo solíamos sentarnos por la tarde y escuchar melodías internas del espíritu que se oyen tan sólo en los momentos de calma, cuando las palabras de algún poeta amado toca una cuerda honda y dulce del alma que hasta ese momento había permanecido silenciosa”. Keller rechaza enérgicamente los comentarios interminables y las críticas que aturden, pero afirma que “cuando un gran erudito (como el profesor Kittedge) interpreta lo que ha dicho el maestro es como si a los ciegos les fuese dada una nueva vista”, y sin embargo, concluye, “la universalidad no es la Atenas universal que yo supuse”.¹⁴

En cuanto a la filosofía, nos dice Helen desde su perspectiva romántica: por ella “se penetra con simpatía comprensiva en las tradiciones de épocas remotas y de otros estilos de pensar que antes nos parecían ajenos y sin sentido”, y añade unas páginas después: “conocer los pensamientos y los hechos que han señalado el progreso del hombre es sentir los grandes latidos del corazón de la humanidad a través de los siglos y si en estas pulsaciones no se siente la lucha por ascender, realmente debe uno ser sordo a la armonía de la vida”. La filosofía es captada por Helen a través de las vibraciones del corazón y por simpatía comprensiva. Es decir su corazón y sus sentimientos vibran al unísono con el pensador para comprenderlo.¹⁵

La sensibilidad de Keller fue el centro coordinador desde el que integró toda su personalidad. La sensibilidad fue simpatía

comprensiva, o en perspectiva inversa: conciencia que comprende en y a través de la sensibilidad razonada y querida; a través de ella comprendió no sólo la belleza propia de su campo, sino también la verdad y el bien. “A veces me pregunto si no sería más sensible la mano que el ojo a las bellezas de la escultura. Creería que la mano siente más sutilmente de lo que el ojo ve el rítmico fluir de líneas y curvas. Pero sea como fuere, sé que me es posible sentir el latido del corazón de los antiguos griegos en sus dioses de mármol”.¹⁶ Pero más que la escultura, la poesía permitió a la sabia invidente escalar las regiones supremas del ser:

Hugo, Goethe, Schiller y todos los grandes poetas de todas las grandes naciones son intérpretes de las cosas eternas y mi espíritu les sigue reverentemente a las regiones en donde la belleza, la verdad y el bien son una sola cosa.¹⁷

La belleza de la naturaleza fue para Helen la fuente más grande de felicidad y alegría. A ella cantó, cual no lo hizo con ninguna otra realidad. Esta fue la enseñanza más grande de la persona a quien amó más sobre la tierra: su maestra Anne Mansfield Sullivan. En contraste, la ciudad le resultaba insoportable. He aquí sus expresiones: “los ruidos de la ciudad flagelan los nervios de mi rostro, siento la marcha incesante de una multitud no vista y el tumulto disonante hostiga mi alma”, ahí “el espectáculo de la lucha cruel por la mera existencia” “entristece el corazón”. Por el contrario, el campo alegra el corazón con “las bellas obras de la naturaleza”. He aquí uno de sus cantos:

Cantera de los helechos se llamaba, porque muy cerca había una cantera de piedra caliza, ya largo tiempo abandonada. Tres arroyuelos juguetones que bajaban de los manantiales por las altas rocas, cruzaban el terreno, saltando y formando sonrientes cascadas dondequiera que las rocas les sa-

lían al paso para cerrarles el camino. La apertura estaba llena de helechos que cubrían totalmente los yacimientos de piedra y escondían alegres vencers.¹⁸

A nadie se le oculta que en la naturaleza el corazón de Helen juega, salta y sonríe lleno de alegría.

La amistad de Helen para con la naturaleza (ahí tiene árboles, plantas y lugares amigos), se traslada a hombres enamorados como ella de la belleza. Así dice de las manos amigas. “En ellas revolotean rayos solares y al estrecharlas su calor me llega al corazón”. Concluye la historia de su vida con la elocuente frase: “mis amigos constituyen la historia de mi vida”.

La divinidad misma es captada por Helen a través de su sensibilidad poética y dos son las fuentes de ellas: La Biblia, de la que afirmó: “la amo como a ningún otro libro”, y la herencia del obispo Brooks, en la que no hay credo ni dogmas sino una verdad escueta: la del amor: “Ama a tu Padre celestial con todo el corazón” y “a cada hijo de Dios lo más que puedas” (con el bien). De esta verdad penden los cielos y la tierra.¹⁹ De un amigo (Dr. Edward Everett Hale) profundamente religioso afirmó: “ha llenado los viejos odres del dogma con el vino nuevo del amor y ha enseñado a los hombres a creer, a vivir y a ser libres”.²⁰ Los niños desvalidos tenían un lugar para ella: “Esas pobres y queridas criaturas se acurrucan en mi corazón y me infligen un dolor continuo”. E increpaba al hombre diciendo: “¿Cómo puedes olvidar a tu hermano, amontonar obstáculos en su camino y luego decir: Danos hoy nuestro pan de cada día; si no hay pan para tu hermano?”.²¹ Su actividad caritativa se desarrolló principalmente en relación a sus semejantes: los ciegos, los sordos y los mudos. En cierto sentido podemos decir que ayudó para que los ciegos vieran, los sordos oyeran y los mudos hablaran.

Conclusión

La señorita Anne Sullivan hizo correr agua fría sobre la mano derecha de Helen Keller mientras deletreaba sobre la otra mano la palabra a-g-u-a. La comunicación había logrado penetrar a través del tacto para vencer el obstáculo de la invidencia y la sordera, iniciando el largo camino que le permitiría decir “ya no soy muda”. Helen describe aquel momento así: “de un modo u otro, el misterio del lenguaje se me reveló en aquel instante. Supe entonces que ‘agua’ significaba aquella cosa

deliciosamente fresca que me había corrido por la mano. Aquella palabra viva despertó mi espíritu: le dio luz, esperanza, alegría; lo puso en libertad”. La conciencia había logrado captar la relación entre sensación inmanente y el objeto externo, así como la comunicación, proveniente del otro que designa simbólicamente tal objeto a través del signo dactilográfico o de la vibración sonora, que aunque ciertamente es diversa en su contenido por ser simbólica y necesitar de una interpretación, pero liberó el espíritu de Helen Keller para iniciar, en la pobreza de su captación, la comunicación que abriría los estrechos límites de su inmanencia para comenzar la marcha trascendente hacia el mundo y el ser en la realización personal. No porque el símbolo sea pobre de una parte y rico de otra puede concluirse que el lenguaje sea totalmente arbitrario e inadecuado para la comunicación, porque el contenido simbolizado puede explicitarse y adecuarse tanto al contenido que se quiere comunicar como a la realidad a la que el símbolo dice referencia intencional en el intento progresivo del descubrimiento de su ser.○

1 Helen Keller, *La historia de mi vida*, Edamex, México, 1985, p. 43.

2 *Op. cit.*, p. 37.

3 *Ibid.*, p. 36.

4 *Ibid.*, p. 48.

5 *Ibid.*, pp. 26-27.

6 *Ibid.*, p. 35.

7 *Ibid.*, p. 49.

8 Anne Sullivan, “Relato suplementario de la vida y educación de Helen Keller”, en *La historia de mi vida* de Helen Keller, pp. 272-279.

9 Anne Sullivan, “Carta del 5 de abril de 1887”, en *La Historia de mi vida* de Helen Keller, p. 285.

10 Helen Keller, *La historia de mi vida*, p. 38.

11 Anne Sullivan, “Carta del 8 de mayo de 1887”, en Helen Keller, *Op. cit.*, p. 289.

12 Anne Sullivan, “Carta del 28 de agosto de 1887”, *Ibid.*, p. 304.

13 Anne Sullivan, “Personalidad de Helen Keller”, *Ibid.*, p. 261.

14 Helen Keller, *La historia de mi vida*, pp. 91-95.

15 *Ibid.*, pp. 94 y 97.

16 *Ibid.*, p. 115.

17 *Ibid.*, pp. 115 y 107.

18 *Ibid.*, p. 57.

19 *Ibid.*, p. 120.

20 *Ibid.*, p. 122.

21 *Ibid.*, p. 113.